

Filosofía del Poder Absoluto. Testimonio de una Víctima del Holocausto.

Philosophy of Absolute Power. Testimony of a Victim of the Holocaust

Marisa Soriano González

Colaboradora honoraria de la Universidad
Pablo de Olavide de Sevilla

Fecha de recepción: abril 2007

Fecha de aceptación: julio 2007

PALABRAS CLAVES: Holocausto, nazis, Auschwitz.

KEYWORDS: Holocaust, nazis, Auschwitz.

Abstract.: Jean Améry (pseudonym of Hans Meyer), a jewish prisoner in Auschwitz, could not stand that the enormous nazi's stain remained unpunished and that Europe made a fresh start so quickly Améry describes both the process of human degradation as a pre-conceived strategy and the questions that this fact triggers in an intellectual; he also describes how the process affects prisoners differently depending on their education, beliefs and moral character.

Resumen.: Jean Améry (pseudónimo de Hans Meyer), prisionero judío en Auschwitz, no pudo soportar que la enorme culpa de los nazis quedara sin castigo y que Europa pasara rápidamente la página. Améry describe el proceso de degradación humana como una estrategia preconcebida, las preguntas que este hecho provoca en un intelectual y cómo este proceso influye de distinta manera en los prisioneros según su formación, catadura moral y creencias.

LA CONDICIÓN HUMANA Y LA PERPLEJIDAD.

La lectura del libro de Jean Améry (pseudónimo de Hans Mayer), *Más allá de la culpa y la expiación*, sobrecoge y engancha al lector. Cuando se comienza su lectura, es difícil abandonarla, porque es la vivencia por un intelectual de sus recuerdos y reflexiones en el campo de exterminio nazi de Auschwitz, que no deja salida a la condición humana. Me ha llamado la atención las palabras finales del prólogo a la segunda edición del libro, que son tan amargas que presagian el desenlace fatal del autor, que se suicida dos años después, en 1978 (había escrito el prólogo en 1976). No me resisto a dejar de poner las palabras de presagio de Améry, y he de decir que las leí antes de saber que se había suicidado (leí antes el prólogo que la solapa del libro donde se habla de su suicidio). Éstas son sus palabras:

“Lo que ha sucedido, ha sucedido. Pero el hecho de que haya sucedido no es fácil de aceptar. Yo me rebelo: contra mi pasado, contra la historia, contra un presente que congela históricamente lo incomprensible y con ello lo falsea del modo más vergonzoso. Ninguna herida ha cicatrizado, y lo que en 1964 parecía a punto de sanar, vuelve a abrirse como una pústula”

Si tengo que destacar un punto o escoger una idea que me haya impresionado del relato de Améry yo diría que es *la lucha sin fin que mantiene con la condición humana*, a la que no acepta y trata de encontrar una explicación ¿Cómo es posible que los humanos puedan llegar a tal punto

de degradación y depravación? Ésta es la gran pregunta que se hace el autor y que late entre las páginas del libro. Es también la pregunta que le llevó a escribirlo: relatar cómo es la condición humana y hasta dónde puede llegar en una situación límite. Él trata de encontrarle una explicación, pero a pesar de que ha leído bastante sobre el Holocausto no está de acuerdo con las explicaciones que se han dado. Fundamentalmente porque las circunstancias que atravesaba Alemania no eran las que dicen los tratadistas que pueden conducir a una degradación como la de Auschwitz. No había motivos para llegar a tanto. Por ello afirma que el Holocausto “surgió por generación espontánea”.

Améry escribe lo que pasó y piensa y reflexiona sobre ello, pero no encuentra explicación, porque con la explicación quisiera salvar a la condición humana, a la especie a la que pertenece, que inesperadamente puede convertirse en el peor enemigo de sí misma. No se atreve a escribir durante largos años. Al final se decide con un pequeño ensayo y después con un libro. Pero el ensayo y el libro son para él como un monólogo en voz alta para comprender y a través de una comprensión intentar reconciliarse. Lo intenta una y otra vez. Y no lo consigue. No puede reconciliarse con la condición humana. Al final, cansado, fracasado, se da muerte y desaparece. Yo creo que la muerte es el fin de un largo proceso hacia el encuentro de una respuesta que nunca llega. Améry se quedó perplejo cuando recibió el primer golpe del verdugo y desde ese momento siguió perplejo hasta su muerte. Probablemente *la perplejidad*

sea el sentimiento que explica su muerte voluntaria.

EN LAS FRONTERAS DEL ESPÍRITU.

Améry describe la pérdida progresiva del espíritu en Auschwitz hasta terminar en la más pura materialidad. Relata los problemas del intelectual, es decir, del hombre con conocimiento y que reflexiona en los campos de concentración nazis, pues su situación es mucho peor que la de los prisioneros no intelectuales, que tienen más aptitudes para adaptarse a la situación y sobrevivir. El problema del intelectual es el de la resistencia para aceptar la situación y adecuarse a ella, y por otra parte el sufrimiento de la ausencia de espiritualidad que va apoderándose de él poco a poco. Ha de soportar el proceso de bestialización de la existencia acompañada por el cierre de las personas sobre sí mismas y la manifestación de sus mayores vicios ante una situación límite en las que todos luchan por sobrevivir.

Améry explica que esta situación tan límite no se corresponde con las dibujadas y explicadas por otros libros de prisioneros, porque la realidad de Auschwitz era mucho peor que la de otros campos nazis. Y pone el ejemplo del escritor Nicos Rost, prisionero en el campo de Dachau, en el que los presos judíos disfrutaban de unas condiciones más favorables. La ausencia de espiritualidad en Auschwitz era total -viene a decir Améry- mientras que en otros lugares aún se podía respirar un soplo de espíritu.

El relato insiste en la incertidumbre total en la que vivían los prisioneros –podía pasar

cualquier cosa en cualquier instante- y en las absurdas normas establecidas por los guardias de las SS, en las que Améry encuentra un propósito de confusión moral para domeñar los principios y convicciones de los prisioneros. La incertidumbre personal y la crudeza y mantenimiento a ultranza de normas irracionales son buenos instrumentos para someter a la voluntad y aceptar la nueva realidad. Améry llega a decir que con el tiempo, en este proceso de interiorización de nuevos valores y hechos, los prisioneros terminan por identificar al Estado nazi con el Estado hegeliano, es decir, que el nuevo Estado nazi es la encarnación de la realidad posible. Me parece que en este pasaje Améry exagera o su visión es personal, pero no compartida por otros que resistieron mentalmente a la situación y nunca consintieron la depravación moral que supuso el Estado nazi.

Quizás lo más interesante del capítulo sea la distinción entre intelectuales y personas sencillas a la hora de afrontar las penalidades del campo de concentración. Éstas se adaptan mejor a las nuevas circunstancias, porque normalmente tienen menos que perder. Les ha ido peor que a los intelectuales en la vida y están más acostumbrados al dominio de terceros. También tienen la experiencia de recursos de todo tipo para sobrevivir. Sin embargo, el intelectual está menos acostumbrado a las inclemencias y penalidades de la prisión y además se resiste mentalmente mucho más a aceptar la realidad de los hechos. Siente una mayor repugnancia por el atropello de la dignidad de las personas, y por ello le cuesta más adaptarse a la nueva situación.

Y dentro de la categoría de los intelectuales todavía era peor la situación para los agnósticos y apolíticos que para quienes disfrutaban de la fortaleza de una fe religiosa o política, porque esta fe les ayudaba a sobrevivir además de proporcionarle consuelo en el presente. Era como una agarradera, una razón para vivir, de la que carecían los

intelectuales sin religión y compromiso político. Un consuelo para la esperanza, ya sea en el premio de la salvación o en la venganza contra los nazis de los partidos marxistas.

Améry se refiere a los intelectuales, pero creo que este auxilio de la fe –ya sea religiosa o política- hay que extenderla a todos los prisioneros, pues a todos ayudaba la profesión de una religión o de unas creencias políticas. En el campo de prisioneros los portadores de fe se sentían miembros de una comunidad y proyectaban hacia el futuro y hacia fuera la esperanza de un mundo mejor. Dentro y fuera se sentían mas reconfortados, en tanto el pobre Améry sufría una tremenda soledad.

EL PRIMER GOLPE DE LA TORTURA.

Sobrecoge el relato de la tortura sufrida en la fortaleza de Breendonk, a mitad de camino entre Bruselas y Amberes, a manos de las SS de Hitler. Es el punto de partida. Formaba parte Améry de una asociación clandestina de la resistencia contra los nazis, que distribuía pasquines entre los soldados alemanes haciéndoles ver que participaban en una guerra injusta. Se lamenta, cuando escribe su libro, de la ingenuidad

de los jóvenes resistentes, que consideraban equivocadamente que podían hacer mella entre los soldados alemanes, cuando –todo lo contrario- éstos entregarían obedientes los pasquines a sus jefes y éstos a su vez a sus superiores.

El relato es una reflexión sobre la tortura: lo que significa para el verdugo y la víctima. La víctima ve todo de otra manera cuando es detenido y transportado a la prisión. Incluso el portalón de la fortaleza de Breendonk, que tantas otras veces había contemplado, le parecía distinto, y los árboles de la carretera le parecía dotados de una especial luminosidad desde la ventana del furgón que le transportaba camino de la fortaleza. Sabía lo que le iba a suceder, pero no es lo mismo pensarlo que vivirlo en propia carne.

Especialmente se detiene en las consecuencias para la víctima del primer golpe, pues es el momento en que se le rompen los esquemas de relación con la humanidad, con los otros, y del sentimiento de su propia dignidad. La víctima se da cuenta de que no tiene escape, no puede recibir ayuda y está sólo ante su verdugo. No puede conectar con la humanidad y además la humanidad se transforma en verdugo. Es el momento en que se pierde la confianza en los humanos, que hasta entonces eran amigos, compañeros, personas. La humanidad, y los humanos concretos que la representan, se convierten en los otros, los extraños feroces que te oprimen.

Llama la atención a Améry que sus verdugos no son sádicos, sino personas norma-

les, con aspectos normales, esto es, que cualquier persona normal puede convertirse en verdugo. Otra vez aparece la perplejidad, pues no comprende el Holocausto surgido de la normalidad, pero tampoco que personas normales se conviertan en los ejecutores del Holocausto. La perplejidad y sorpresa derivadas de la elevación de la normalidad al plano de la fatalidad. Lo normal puede terminar en el terror de la víctima y la ferocidad del verdugo. O el mal reside en lo normal o lo normal puede derivar en mal en cualquier momento. Intento meterme en la mente del suicida Améry para explicarme su determinación fatal: las razones que le condujeron a la muerte voluntaria –él que estuvo tantas veces, entre 1943 y 1945, en una situación límite con una muerte no deseada en los talones-. Trato de extraer de su libro posibles razones. Y creo que una de ellas podría ser esta relación entre la normalidad y el terror. De hecho él advierte que la tortura sigue practicándose y es un hecho normal (excepto Gran Bretaña y Bélgica) No hay salida para la humanidad porque ésta lleva dentro el mal que inesperadamente –como pasó en Alemania- puede brotar fuera. Desengañado de una humanidad sin salvación -una humanidad con los apellidos de sus verdugos y que en el futuro podría tener un sin fin de nuevos apellidos-, incapaz de olvidar el siniestro espectáculo acontecido ante sus propios ojos, Améry se decidió por dar fin a su vida, porque le resultaba imposible, viviéndola, ahogar sus recuerdos y su desesperanza.

Pienso que esta pérdida de humanidad del *primer golpe* tiene gradación. Depende de

la víctima, pues no es igual esta pérdida para un intelectual que para una persona sencilla. También depende de las circunstancias, según el desgaste personal de la confianza en los otros de cada víctima. No es posible establecer un principio general para todos en esta ruptura de la víctima con la humanidad.

Pero hay una frase todavía más terrible en este relato, una frase que es una consecuencia general que saca Améry de su propia vivencia de la tortura unida a la información (de la que hace gala) sobre la práctica de la misma por las SS de Hitler y los propósitos que con ella perseguía el régimen nazi. Sostiene que la tortura no era simplemente un medio para los nazis, sino la esencia del régimen: *“la tortura no fue un elemento accidental, sino la esencia del Tercer Reich”*. Améry dice que va a justificar su tesis páginas adelante, pero la verdad es que no hay una justificación expresa en el libro, sino que el lector tiene que extraer sus propias conclusiones al respecto siguiendo la jugosa narración del autor.

¿CUÁNTA PATRIA NECESITA EL SER HUMANO?

Améry añora la patria, porque, aunque la necesidad de patria de cada uno no es cuantificable, sin embargo se necesita “mucho patria, en cualquier caso mas de lo que se puede imaginar un mundo de ciudadanos con patria”. Esto dicho por quien tuvo una patria hostil, que le rechazó, le torturó y le metió en un campo de concentración como candidato seguro a la muerte, da bastante que pensar. La patria es la patria

chica de la infancia, la del lugar que crece en nuestra mente mientras nosotros crecemos. Hay un pasaje espeluznante, cuando Améry se enfrenta al nazi de las SS que procede de su tierra y habla su dialecto. Vive en su paisano la hostilidad de su patria que él ama y ella le rechaza y le persigue hasta la muerte. Se dice que nadie es profeta en su tierra. Pero no se ha dicho que la tierra odie a su hijo hasta la muerte. Otra situación límite, tremenda, hasta inenarrable (por ello calló Améry largo tiempo), de las muchas que se describen en el libro; un libro que ahoga cada vez más al lector y que le hace perder la confianza en la humanidad al paso y ritmo que Améry pierde la suya.

Lo más interesante es el contraste entre patria tradicional y patria hostil. La primera era la patria chica, la de la nostalgia, a la que el exiliado quiere volver, una patria chica que Améry sentía muy fuerte en sus recuerdos. La otra era la patria hostil en que habían convertido a su patria tradicional, una patria que le arrojaba fuera y le perseguía. Estas dos patrias –la antigua y la sobrevenida- producían en el ánimo del autor un desdoblamiento de personalidad, que sufría y no podía superar, porque se traducía en dos sentimientos contradictorios y en paralelo. Odiaba a la patria hostil con rabia y este odio iba poco a poco macerando los recuerdos reconfortantes de la patria auténtica de su infancia. “Aniquilábamos la patria hostil -dice Améry- y al mismo tiempo exterminábamos el fragmento de la propia vida que se entreteja en ella”.

EL RESENTIMIENTO.

El resentimiento es la motivación determinante que le lleva a escribir el libro, la razón de su escritura, pues quería que se conociera su punto

de vista sobre el Holocausto, discrepante con el de tantos otros. Por ello promete que no va tener tacto, porque es la única manera para poder decir las verdades en su plenitud. Sabe que su opinión encontrará críticos, los críticos bienintencionados que con sus buenos propósitos ocultan la verdad y la justicia.

El resentimiento no superado fue probablemente uno de los principales factores del suicidio de Améry. Yo creo que primero, como dije, la perplejidad ante la condición humana que esconde en sí misma un mal que puede brotar en cualquier momento, y que Améry tuvo la oportunidad de contemplar durante los años del régimen nazi como testigo de primera fila y como víctima. Pero en segundo lugar iría el resentimiento, que lejos de amainar iba creciendo con los años por las experiencias negativas que Améry relata en su libro.

Tras la liberación del campo de concentración en mayo de 1945 Améry se siente mejor y va recuperando su relación con la sociedad, pues sintoniza con la opinión pública que considera unos monstruos a los alemanes y que exigen que reparen sus perversidades. Pero este estado de ánimo dura poco, porque la opinión pública y la actitud de los Gobiernos de los Estados cambia de rumbo.

La sociedad europea en general, o sus portavoces, incluso algunos prestigiosos judíos, como Marcel o Buber (a los que cita expresamente Améry), cambian su parecer y comienzan a decir que es más aconsejable olvidar y pasar página. El autor comenta una opinión más o menos semejante de un alemán con el que charló en un hotel de Alemania. Se daba cuenta de que esta opinión se extendía

y le producía dolor, porque pensaba que los alemanes tenían que rendir cuenta, expiar su culpa. Precisamente el título del libro es *Más allá de la culpa y la expiación*. La culpa del pueblo alemán, que tenía que expiar de algún modo. No bastaba pasar página sin más y que el pueblo alemán, que sabía y consintió el Holocausto, no se enmendara. Améry habla de la “culpa colectiva del pueblo alemán” y de que “me parecía haber sufrido una injusticia colectiva”. Y finalmente que “el crimen y la expiación colectiva se podrían haber contrapesado, reestableciendo el equilibrio de la moralidad universal”.

Por otro lado, las potencias europeas no solamente pasaban página, sino que mantenían excelentes relaciones con la industriosa Alemania, una Alemania que en un principio, tras la victoria, se decía que debía ser “un patatal” para Europa, una fuente de producción para quienes habían soportado la devastación de sus territorios por la locura de unos líderes a quienes había seguido con aclamación los alemanes.

Unos y otros, la sociedad y los Estados venían a decir que el holocausto había sido un mero accidente de la historia de Alemania que debía ser olvidado. Pero Améry pensaba que no era un accidente, sino un enorme crimen colectivo sabido y consentido, que tenía que ser asumido por la sociedad alemana y expiado de alguna manera.

LA OBLIGACIÓN Y LA IMPOSIBILIDAD DE SER JUDÍO.

Améry, que fue torturado y prisionero de los nazis por ser judío, no era realmente un judío. No creía en la religión ni en la tradición judai-

ca. Como él dice, era judío de la misma manera que un compañero de escuela era hijo de un hostelero arruinado. Era una mala jugada, una contradicción que el destino castigara tanto por ser de ascendencia judía a quien no lo era por convicciones.

Améry habla del deber e imposibilidad de ser judío, porque él no podía personalmente transformarse en judío, al carecer de convicciones judaicas, pero ello no era obstáculo para que las leyes de Nüremberg le convirtieran en judío contra su voluntad y candidato a la muerte. No era judío en su interior, pero la ley le hacía inexorablemente judío; y poco importaba ante este hecho que se sintiera o no judío. Ni siquiera tenía la posibilidad de abjurar de su condición judaica. La libertad interna nada podía contra la amenaza externa de un poder absoluto que te ponía la señal de judío y contra una sociedad que te gritaba: *Juda verrecke!* Judío, revienta!

Al final, sin titubeos, llegó la gran acusación, dirigida a todos, no solamente a los nazis, no solamente a los alemanes, sino a todos, a la sociedad universal. “Es un hecho sabido—concluye Améry— que no fue sólo un grupo de nazis radicales, dirigidos por el partido, quienes nos despojaron de la dignidad de ser queridos y por ello de vivir. Toda Alemania, qué digo, el mundo entero, dio su asentimiento a esta empresa, si bien en algunos lugares se manifestó cierto sentimiento superficial de compasión”. Esta frase explica el resentimiento y quizás el suicidio de Améry. Un suicidio que era ya la única salida, para quien primero los nazis, después la sociedad alemana y finalmente el mundo civilizado le habían dado las espaldas: en el campo de concentración y fuera de él.